

SOLEMNIDAD DE LA NATIVIDAD DEL SEÑOR
MISA DE MEDIANOCHE
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
24 de diciembre de 2018
Is 9, 1-6; Tit 2, 11-14; Lc 2, 1-14

Hermanos y hermanas:

La escena del nacimiento de Jesús está llena de ternura humana. A pesar de la pobreza del lugar y el espacio inadecuado, María envuelve tiernamente a su hijo y lo pone en un *pesebre*. Ha estado nueve meses pendiente de ver el rostro de aquel que le había sido anunciado como *Hijo del Altísimo* (Lc 1, 32). Y ahora, llena de amor, -- como la esposa del Cantar de los cantares- puede besar la frente del que es *el amor de su alma* (Cant 1, 2.7). Los profetas habían predicho que vendría *con la majestad de Dios* y resplandeciente de *gloria* (cf. Miq 5, 3). En cambio, ha venido indefenso. Como todos los recién nacidos, depende totalmente de los otros; calla, llora y duerme, se alimenta de la leche de su madre y de vez en cuando se le deben cambiar los pañales. En la noche fría y oscura que rodea la estancia, *María lo guarda todo en su corazón* para meditarlo y penetrar su sentido escondido (cf. Lc 2, 10). Por su parte, José, gozoso por el nacimiento del niño que le había sido anunciado, apoya a María y sirve con humildad y prontitud el plan de Dios. Los textos de la liturgia, la poesía y los villancicos populares expresan muy bien la ternura y el calor humano de este nacimiento. Tal como dice un poeta: esta Virgen y este Niño con el Carpintero que los contempla "apaga la sed" y "calienta el gran frío del alma descarnada" (J. M. de Sagarra, "Poema de Navidad", canto IV).

La ternura humana del nacimiento de Jesús es similar a la que ocurre en la mayoría de nacimientos. También en las situaciones de pobreza y de marginación. Aunque sea en los caminos fríos o calurosos del desierto, en los campos de refugiados o en una patera en alta mar, donde haya una madre que ama, por pobre que sea el entorno del nacimiento, más allá de la preocupación, hay una alegría íntima que suaviza el dolor de la pobreza y de la marginación. Una alegría compartida por el padre, si puede estar presente. En su nacimiento, el Hijo de Dios se ha querido hacer como todo el mundo. Y eso ya es un signo, un anuncio, de la manera de ser y de hacer de Dios. Esto ya es un signo, un anuncio, del evangelio que, de mayor, Jesús proclamará. Ahora, recién nacido lo proclama con la debilidad y la mortalidad, con la sonrisa, con el llanto, con la simplicidad del entorno y con el amor que lo empapa todo.

La ternura humana del nacimiento de Jesús, es reflejo de la ternura divina. Este nacimiento es fruto de la voluntad del Padre obrada por el Espíritu Santo. Es fruto del amor entrañable de Dios hacia la humanidad; Dios quiere consolarla, quiere hablarle amorosamente, quiere liberarla del sufrimiento y de la muerte, quiere perdonarla para abrirle de par en par las puertas de la felicidad sin fin (cf. Is 40, 1- 11). Y lo hace a través de su Hijo hecho hombre. Así lo decía la segunda lectura: *se ha revelado el amor de Dios que quiere salvar* la humanidad. Todo en Jesús, desde su nacimiento, es manifestación de la forma de ser de nuestro Dios, *compasivo y misericordioso y rico en amor* (Jl 2, 13). El Apóstol decía, además, que Jesucristo es el *gran Dios y Salvador nuestro*; una grandeza y una salvación, sin embargo, que ahora se manifiestan en la pequeñez de un niño como más adelante lo harán en la cruz.

Por eso, cada año, en esta noche santa, cuando oímos la proclamación del nacimiento de Jesús, experimentamos *una gran alegría* y, como los pastores, glorificamos y alabamos a Dios por el don del niño, hijo de María (cf. Lc 2, 20). Él -como decía también la lectura del Apóstol- nos enseña a *vivir en este mundo una vida de sobriedad, de justicia y de piedad*, y, por tanto, con esperanza, poniendo amor en todas las cosas, buscando la paz. También nosotros hemos recibido la misión de ser

portadores de ternura, de verdad y de esperanza, en una sociedad que fácilmente pisa al otro en provecho propio, que se ve acosada por medias verdades o por noticias falsas en bien de un intereses particulares; en una sociedad carente de esperanza al constatar la magnitud de los problemas y del mal que le rodea. Jesús viene para revelarnos el camino del amor mutuo y para liberarnos de lo que oprime a la humanidad.

El ruido, sin embargo, que invade a tanta gente, atruena y las preocupaciones de un tipo o de otro hacen que el mensaje de Navidad no sea escuchado, a pesar de las luces, las decoraciones y los afanes para los encuentros familiares. Y, en cambio, Dios sigue haciéndose presente en la pequeñez de un niño, acogido por la ternura de María y de José. Sigue proclamando la paz a la humanidad y enseñando a convivir como hermanos a pesar de la diversidad. Nosotros, que hemos acogido a Jesús en la fe, nos debemos hacer anunciadores de este mensaje porque, a pesar de la incapacidad que muchos tienen de escucharlo, la gente está muy necesitada, si bien no ser conscientes de ello.

En el clima de esta noche que nos hace contemplar el Hijo de Dios hecho hombre en un establo, os invitamos a participar en la colecta que haremos al final de la celebración a favor de los programas que Cáritas tiene para ayudar a las familias y las personas carentes del más necesario. Puede ser una de las maneras de corresponder a la generosidad de Dios que se manifiesta en la Navidad, si tenemos presente aquella palabra que Jesús dirá: *cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis* (Mt 25, 40).

El anuncio de esta noche está destinado a todos para que todos encuentren el sentido de la vida y el valor del mensaje evangélico. También quienes agobiados por tantas cosas están en el umbral de la incredulidad o ya lo han traspasado. Como lo expresa otro poeta idealmente puesto delante del Niño recién nacido: "Mira como vengo por la noche / de mi pueblo, del mundo, sin cantos / ni ya sonrisas, bien vacías las manos / te llevo sólo mi gran grito" (Salvador Espriu, "Ruego de Navidad "). Mucha gente sólo le puede llevar su "gran grito", su gran dolor, su gran silencio interior. Y Jesús también lo acepta. Si bien después quisiera iniciar un camino de amistad para darse a conocer.

Al finalizar la celebración, seamos testigos de lo que hemos oído y hemos visto esta noche, lo que hemos vivido en la alegría del corazón y en la comunión fraterna. Seamos testigos del misterio del Dios hecho hombre, presente en el pan y el vino de la eucaristía para que, en un intercambio espiritual, nosotros podamos empezar a tener ya ahora la vida de Dios.